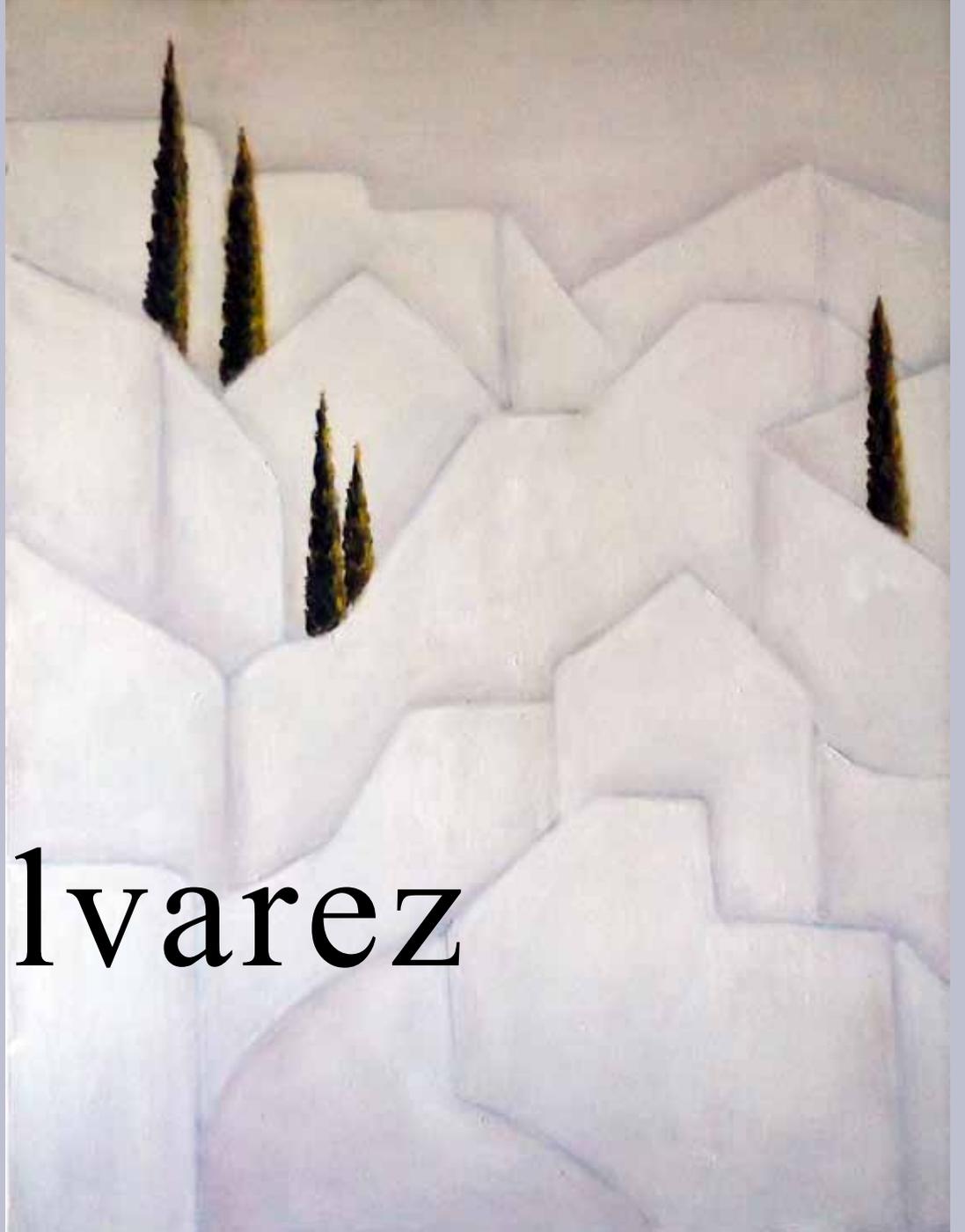


Rosaura Álvarez





Fotografía: Francisco Fernández.

Nos debatimos siempre entre dos Sirtes acechantes. ¿Qué es el fondo? ¿Qué es la forma? Y los ojos, o el oído, o el tacto se quedan sorprendidos ante el misterio que, Isis reiterada, no se deja desvelar. Pero llega un momento –éste- en que hemos de decidir y aun emitir un juicio de valor: ¿Es preferible el fondo o la forma? Ciertamente que no vamos a resolver en un momento lo que durante siglos se esquivo, pero si podemos –desde nuestro **aquí**, desde nuestro **ahora**- intentar aclarar una parcela de la Creación. Y esa parcela se llama Granada y la creación un conjunto de lienzos en los que la ciudad ha quedado fijada para siempre: creación y y creatura entre los pinceles de la artista. Rosaura Álvarez, artífice o demiurgo de un mundo que inventa para nosotros. Pero hace falta connotar, porque hablamos de un arista: ¿Cómo es tal invención? Y, al hablar, invención artística, va quedando sólo la mena del misterio y se pierden en la nada esos arrastres a los que en la mina llamarían ganga. La lengua se desvía de sus funciones trivializadas o de los usos mostrencos y se hace, simplemente, lengua virginalmente intacta, palabras que son lo que quieren ser: connotaciones: Rosaura inventa, pero inventa poéticamente, con desvío, sacralizando de nuevo el mensaje que nos quiere de transmitir. Creando una Granada nueva o re-creándola inédita de entre tanta anécdota con que nos la desvirtúan. Pero se me dirá, contemplamos lienzos. Ciertamente. Desde el Génesis, poeta es el hacedor material de objetos. Pero creados poéticamente: con la ilusión de aumentar el mundo con unos nuevos hallazgos y entregárnoslo directo, incontaminado; no con interposiciones simbólicas, sino como fue en el momento mismo en que lo pensó la mente de Dios.

De este modo el comienzo reaflore de nuevo: ¿El fondo? ¿La forma? Tras siglos y siglos de andadura las cosas no son lo que fueron, lo que deberían ser, lo que quisiéramos que fueran. El artista debe buscar su lenguaje más puro para que las cosas vivan en su perfección. Pero no olvidemos lo que platicaron Degas y Mallarmé y traigámoslo a estas líneas: El arte es cuestión de forma, no de fondo. Por estos días las cosas se han complicado mucho, y tendríamos que hablar de planos distintos, cada uno con forma y sustancia para determinarlos; sólo entonces podríamos entender lo que Rosaura hace. Si cupiera explicarlo con palabras bien corrientes diríamos que el contenido de su arte tiene una sustancia que es Granada y a la que el artista expresa por medio de la pintura, como otros lo han hecho con palabras o arpegios. Vengamos al plano de la forma: En él, la sustancia es el óleo, pero ¿y la expresión? Aquí quisiera detenerme.

Granada no es una ciudad fácil. Todos recordamos hermosos títulos de libros que nos relatan paraísos inasequibles. No es fácil porque las visiones superficiales la han complicado. Rosaura se ha quedado en su Mirador y lo ha visto todo. Pero todo le es ajeno a su visión de Granada. Y ha hecho el sacrificio: ni paisajes, por hermosos que sean, porque los paisajes no son ciudades, ni exornaciones barrocas, ni apenas luces, ni casi colores, ni hombres. Sólo Granada. Ha inmolido cruelmente todo lo que pueda llevarnos a lo superficial y se ha quedado con unas cuantas cosas elementales. Rosaura ha superado la anécdota cínica de Oscar Wilde y no ha caído en la tentación por seductora que fuera. Ha preferido empezar por el principio: ¿Cómo es la verdad de lo que tengo ante mis ojos? Y la verdad es muy simple, sencillísima y monótona, porque si tuviera arrequives ya no sería la verdad. Y este hallazgo felicísimo la ha llevado a un mundo infantil: las líneas se ordenan en planos; los planos en volúmenes. Líneas, planos, volúmenes. Línea recta porque es el camino más corto para acercar dos puntos (el ojo que contempla, la realidad no escamoteada). Planos para componer escalones de evasión o de hundimiento. Volúmenes blancos, casi marfileños (dados

de Dios que quedaron agolpados cuando el Creador olvidó sus trebejos). Pero, Rosaura al pintar no se detiene en la estructura sino que la interpreta. Son líneas, sí, rectas; es decir sustentos teutónicos para que el edificio no se cuartee. Pero línea es el ciprés; sólo línea. El ciprés se incorpora al cuadro: no como elemento decorativo, sino con la exigencia ineludible de la columna o el pie derecho. Resulta entonces que ese único elemento vivo se convierte en lógica y deja y deja de ser externo a la función que se le encomienda, se funde con ella y pasa ser elemento de estructura. El arte se racionaliza, pero no deja de ser arte: son peldaños y barandales, muros y esquinas, corredores y silencio. Un silencio enorme y angustiado, que nos hace intuir la tragedia. (Entonces pienso que **La casa de Bernarda Alba**, esquemática y sin concesiones, pudo estar en este recién nacido Albaicín). La pintura ha traído el silencio y pensamos que, en la otra colina, San Juan de la Cruz escuchaba **La soledad sonora**, como se escucha en estos lienzos, vacíos de anécdota. Y está el color, un color desprovisto de materia, como la vibración de la luz que tiembla al descomponerse (el blanco se diluye en perla, o en gris, o en pétalos de malva casi marchitos, pero nunca se olvida de su blancura). Color en suprema economía para que nada tiende y el juego sea más difícil.

Rosaura Álvarez nos da un Albaicín que es suyo y de cuantos amamos el ascético equilibrio de sus pareos o el aplomo de la luz sobre los perfiles. Pienso en Muñoz Degrain: ¿qué ángel le ungió para buscar la lluvia junto al Darro? Ni la luz hiere, ni el hombre cansa, ni la ventana (ni una sola ventana en estos cuadros) llama, ni las campanas retiñen, Sólo la línea y un temblor de luz que se deshace y, lamiendo los lienzos, el sofoco anhelante del silencio. Rosaura se ha descubierto – soledades y rigor mental- en estos cuadros. Ha labrado unos caminos para llegar a Granada.

Manuel Alvar

Del libro *Picasso, los mitos y otras páginas sobre pintores*. XXXII CURSO SUPERIOR DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA. Málaga. Ed. La Muralla, Madrid, 1998, pp. 129-32

CARMEN MÍSTICO

Para Rosaura Álvarez

EN arco un ala el carmen
abre, eleva y desplaza
fugaz en desenlace:
cae púrpura, elíptica
la sombra de la tarde.

Nada el vuelo del ángel
suspende: en el tejado
lentamente la imagen
de su ascenso se irisa
para, etérea, posarse.

El pincel impecable
del ciprés la fachada
azul pinta al socaire:
violeta, verde, rojo
el horizonte arde.

En la fuente del carmen
un rostro alado mira;
en el agua la imagen
más allá está de sí:
se consume la tarde.

Por el hombro del ángel
se desliza el espíritu
de lo eterno un instante.
Las alas por la sombra
rosas y nardos bate.

La verdad de su imagen
será por siempre nada,
nada, vacío, nadie
que asirte pueda, si en
ti todo se deshace.

Como bóveda unánime
concierta sobre el cielo
de ascuas níveo celaje:
noche ardiente, la noche
que dio a la luz alcance.

Me vi sobre tu imagen:
si uno soy contigo,
la fuente de este carmen
fue, siendo dos, el único
testigo de tu trance.

Entre jazmines bate
las alas y entre sombras:
por el hombro del ángel
se desliza el espíritu
de lo eterno un instante.

Francisco Acuyo

MURO Y LLAMA

Crepitan los muros en llamas
de ciprés. En llamas de ciprés
el Albayzín cruje en el último lamento
de los pájaros y los hombres.
Una fuente persigue a la aurora.
En los vastos dominios de una acequia,
el mundo expira.
Rueda la Alhambra en el sol
por el horizonte.
La Alhambra es el Sol.
El sol que alanceado muere
por la caza mayor
de los cipreses.
Los mudos lebreles de la aurora
ni cansan ni se cansan: aguardan
a que la noche ciegue el pálpito
de las flores crecidas en el musgo.
Vuelan los últimos vencejos.
Anidan en las nubes los presagios
y en el corazón de la nada
una ansiedad con prisa de azucenas.
Hay un carmen en el Albayzín
donde las manos sueñan.

Un carmen en el Albayzín
donde las manos de Rosaura
de los muros hacen rosas
y de las auras cipreses que cimbrean
en los laberintos sin fin
del Paraíso.

Antonio Enrique

CIPRESES SOBRE BLANCO
(INQUIETUD EN LAS RAMAS)

Escribir no está destinado a
dejar huellas, sino a borrar, con esas
huellas, todas las huellas, a desaparecer
en el espacio fragmentario, más
definitivamente de lo que se desaparece
en la tumba, o también a destruir,
a destruir de forma invisible, sin el
estruendo de la destrucción.

Maurice Blanchot

Puede, cegada la nube, ser el aliento o la flor de la cal
viva en los altos tapiales,
una señal: Envolver tus sentimientos con nieve
puede cuajar el dolor, adornando la cautela con cristal sin aroma...
pero los altos cipreses se escapan.

Sabes que aquí nunca te alcanzan, por eso retornas
de la inquietud con imágenes
rasas a tu sentimiento ¿Dónde dejaste los pájaros? Duermen
para esperar el instante preciso de las estrellas. Inútil, tu afán
de arena y cal apagando la herida.

Así, a pesar del esfuerzo, fue solo cuestión de tiempo. Las hojas
reivindicaron las ramas vacías (avisan),
te acusan. Por eso, alguien
viaja hacia ti, hacia el muro, ante la complicidad
de una grieta, hacia ti, en cal ahogada, desde algún tiempo para ofrecerse.

Ya estoy aquí, he llegado, soy yo. El blanco no sostendrá
para siempre a esta frágil ruina,
borra las huellas, si caes,
un paso (no) más allá, te espera, se desmorona. . .
pero no mires al cielo, puedes sentir el vértigo de los cipreses.

Y me dijeron ¿En dónde estará
mañana? Mañana o nunca abriremos, les respondías,
para volver a pintaros mañana cipreses,
ramas sin hojas,
altos tapiales. . .
El blanco y la eternidad son demasiado brillantes.

José Cabrera Martos

UN JARDÍN

*Soy el jardín que la hermosura guarda
-comienza así el poeta su casida-
verlo sin más -tras el tapial desnudo-
te explicará de mí más que yo mismo.*

Cambiar de forma y mantenerse siempre
-nos indica enseguida en otra estrofa-
es la divisa del jardín que el hombre
levanta desde el mundo para su propio sueño.

Y sugerir, despacio, -añade entonces-
cuanto de natural niegan los muros,
consciente de que bajo la evidencia
los sentidos despiertan veladas simetrías

que en el agua solapan -continúa-
el dibujo del verso, la forma de las ramas,
ya sea entre los surcos, con sonido,
o en el estuco frágil en que se vence el tiempo.

Porque es ahí, precisamente donde
la mirada no alcanza, -y ya concluye-
el punto en que la luz, como el amor, propone
un continuo renuevo del deseo.



OCASO

*Para Rosaura Álvarez,
pintora de atardeceres*

Último reclina rosa
occidente sol abés
en la nieve y el ciprés:
cuando se oculta y reposa,
su clausura silenciosa
tiñe la melancolía
del alma que ha sido día
con su suavísima grana
y la tarde se desgrana
en modulada armonía.

Antonio Carvajal



CANCIÓN DE AYNADAMAR

No hay nada más.

La piedra es sólo piedra
murmurando en el cauce
o silenciando el muro, tierra y polvo
compactados, no más.

Las manos son tan sólo
una luz prisionera que se agita
tomando soledades:

cada forma
la torna aún más mano, más ávida frontera.

Por el silencio de la acequia
habla la piedra con el agua,
alto rumor del tiempo.
Aynadamar, Aynadamar, ¿no toca
la solidez del aire en los cipreses
el curso susurrante de los cantos extinguidos?
Qué dicha enmudecer
bajo tu palio, enredadera indemne,
bajo el rayo que cobra espacios,
coyuntura que es pájaro, cal y fuente,
torrente, campana, ocaso en las almenas
sobre el bosque que asedia al otro margen
los secretos jardines, paraísos cerrados.

Aynadamar, ¿de quién aprendiste el llanto,
cuántas manos abrieron tu dolida
verdad para aquietarte
como atanor sencillo y canción luminosa?

Juan José Castro Martín

POEMA ESTÁTICO NÚMERO SIETE

*Casi dentro de sí, bajo su brazo,
dos pequeños paisajes de aquel cerrado huerto.
Hortus conclusus (Rosaura Álvarez)*

Nadie sabe si acaba de amanecer o si atardece,
si la geometría es falsa o si
es demasiado hermoso
y quieto, demasiado quieto, quieto,
tanto galimatías de paredes blanquísimas,
cerrado laberinto dentro
de un laberinto dentro de un laberinto, mundo
detenido, sin eco, que existe, existe, existe,
como el frío que duele, sin gente ni ventanas,
ni puertas para huirse —¿quién,
cuándo?—, bajar los puentes levadizos,
por estos callejones penitenciarios que
no terminan ni tan siquiera en mí.

Dan ganas de ponerse a tocar el silencio de esa luz,
toda esta teatral manufactura de pigmentos y aceites
y aire siempre en ascenso,
vasto acertijo como de cueva de ladrones,
intemperie impecable, que parece
engendrada de un sólo trazo, apenas con sólo
una palpitación, que guardase el rescoldo
dulcísimo y terrible de un corazón no ardido.

Hay que tocarlo, verlo a tacto, como la cicatriz de un beso,
timbrando con el dedo el lomo de las casas,
las cegadas fachadas —cuya salinidad
luce tanto que quema, quema, quema—, la obscena
lastimería verde de los ralos cipreses,
las tapias romas, ay,
el tiempo desgastado en los peldaños
que ni suben ni bajan del cielo inexistente.

Aunque dé frío, digo, aunque tiriten
las pupilas de frío, la memoria
de frío, hay que tocar, palpar, manosear
—con la mano o la boca—, este universo
recién lavado por la lluvia limpia
—como si la tormenta hubiera terminado de repente—,
tanta sinuosidad que alguna vez vibró,
tanta ceniza izada, tanta paletada de versos verticales
blandidos por Rosaura. Hay que tocar
la perfecta papiroflexia helada
de la ciudad en cueros, la ausencia de los pájaros
—porque si hubiera pájaros,
piarían en el lienzo—, el acústico,
el agrietado tizne de la exactitud —¿siempre
impensada?—, esta blanca
escollera de barro puesto en pie. Y dejarse
sentir, sentir, sentir. Y que canten las horas
una canción callada. Así sea. Así sea.

ESCALERA DE PAREADOS
PARA ASCENDER A ROSAURA.

Brotaron versos en la primavera
cuando naciste niña albaicinera.

Jardín cerrado, corazón abierto
que habitó un ruiseñor y su concierto.

Desde un principio el ruiseñor te anida
añadiéndole trinos a tu vida.

Privilegio de Dios que pronto empieza,
te hace repartidora de belleza.

Aromas cruzan trinos con latido
para en toda tu vida hacerse nido

Presidenta en tus altos miradores
armonizas palabras y colores.

Sigues Rosaura en cumbre granadina,
en armonía de flor y golondrina.

De tu pluma y pincel enamorado,
soy súbdito feliz de tu reinado.



Vocación de pincel, devoción sin palabra:
muda cal de los blancos muros mirlos.

Canta el tapial y exuda su verbo recoleto
desnudas sombras, frescos de ciprés.

Se oculta en sí la luz: el verso en el jardín
secreto mana y duda en la penumbra
si decidirse a cala o decirse color
-cómo saber si primavera o ay
que en el adobe frío reverbera
con caricias aljibes el murmullo del agua,
en ternuras esmaltes del discreto zaguán-.

Tu voz en escabel, tus silencios pintados
demudan el blancor de la página al lienzo.

Aves de umbral a un trino saludan la mañana
unísona de edén en claustro de jazmines.

Se encubre aquí la luz, el verso en su corola
oculto exhala aromas que el vaivén
de una nube diluye en pincelada
-cómo saber tras ti qué paraíso encierras,
qué infancia tras los adarves recatas:
estas delicias pátina de tus horas calladas,
estos versos marfiles

que estas telas hollaron-.

Juan Carlos Friebe

PARA ROSAURA ÁLVAREZ
EN SU ALBA DE LUZ.

Altas tapias de cal o laberintos,
noche o día de tempranas claridades,
las manos quieren abrir el paraíso.

Cercas de luz, paredes que se elevan,
velados aljibes de la música
callada en las orillas del estanque.

Sendas o miradas, buscando el centro
del cielo los cipreses señalando,
las palabras de los ángeles vienen.

Las flores navegando en las aguas,
pétalos de rosas, rojos claveles,
nenúfares o mirtos delicados.

Alcances adorados de los besos
quieren los labios verlos en las bocas,
tan jugosas, tan verdes, tan hermosas.

Todo es vuelo en las celestes regiones,
todo es gozo de plástica blancura,
esa calma de muros encalados.

Corazones quieren tentar las manos,
Albaicín arriba, raudos llegando
rubios arcángeles llevan la palma.

Llevan la flor de los rojos veranos,
para muchos los jardines cantados
perviven tras las máscaras indianas.

Mientras la ciudad dormida se llena
de raras luces y ruidos feroces,
yo quiero su vago esplendor de estrellas.

Vive herido para pocos el tiempo,
deja que entre mi voz en tu silencio,
dulce paraíso de amores servido.

Laberintos de altas tapias blancas,
día o noche de claridades humanas,
mi canto entona su alba de Rosaura.

José Antonio García Aguilera

CASA EN EL MIRADOR

Se acoda junto al cielo y un camino
para enfrentar la sierra y los austeros
muros grises que encienden el ocaso.
Mira una ciudadela y sus aljibes
desde el dulce jardín que la resume.
Nunca vi su interior. Solo esas blancas
paredes delicadas que aconsejan
que la busque en pequeñas
selvas de condiciones y palabras,
versos que la comparan
con aquel diminuto paraíso
que levanta el cariño recordado
en la cautiva patria de la infancia.
Nada puede decirse que no sepa
aquel que la contempla
alzarse con la voz de sus ventanas.
Rompe la tarde ahora y se recoge
sobre un pequeño abismo
y el discreto Albaicín se abre en secretos
campos que lo desbordan y se asoman
a sus calles vestidos de nostalgia.
La casa es un sencillo manojo de azucenas
y también es un árbol feliz de la memoria.
Mirarla es comprender una patente
condición de vivir, es la callada
ambición de Granada y su conciso
tejer la soledad y sus traiciones.
No es un confín, es la esquina del viento
que descifra un ayer para el mañana.
Yo he querido esos muros porque cuentan
una vida decente que merece
persistir, porque acogen la dicha

de quien supo entenderla como el fruto
de un limpio amor y el tiempo
que se habita despacio entre sus ramas.

En Mirador de San Cristóbal, 1
Para Rosaura Álvarez

Jesús García Calderón

PARA ROSAURA ÁLVAREZ

1

Cada fresca sombra reconoce
su laberinto propio
y su versículo.

Y adonde no alcance la sombra,
alcanzará la privada lujuria
de las flores;
el deseo que murmura encima de las tapias
como si derramase la aleya
más pura de la tarde.

Ahora que la fragilidad del adarve
se ha cerrado
y el coral reposa en los cipreses;
ahora que la muralla rompe en la orilla
abierta de sus puertas
y la escalera recoge decorosamente
sus volutas,
te dejaré presentir
lo que tú sabes que habita
en lo más profundo de las horas.

2

No hay un solo vano
por donde penetre mi deseo.

Ni un solo vano
que haga la mirada más humana,
más fiel a la tarde.

A este lado de los muros,
sin un solo vano dibujado
sobre la tersura de la cal,
la belleza parece más liviana
que en los jardines;
el pesar, transparente y duradero,
como un surtidor
y, sin embargo, resulta perfecta
esta intemperie para mí.

Constanza González Ferrer

PAISAJES DEL ALMA ARDIDA, RESUCITADA Y ASCENDIDA

Visión del “Paraíso cerrado” de Rosaura Álvarez

Si un grano de pensar arder pudiera,
No en el amante, en el amor, sería
La más honda verdad lo que se viera;
Y en el espejo de amor se quebraría,
Roto su encanto, y roto la pantera
De la lujuria el corazón tendría.

A. Machado

La fecunda actividad artística de Rosaura Álvarez ha florecido, con el carácter polifacético connatural a su pensamiento humanista, en varios campos de creación: música, pintura y poesía. Según su amigo y sagaz crítico, Antonio Carvajal, la estructura triangular reaparece en sus obras, marcando el ritmo apropiado para el acabado desarrollo de su estilo: luz, brasas y cenizas; cercanía, lejanía y melancolía; beber, saber y volar; urdir, arder y tejer; mirar, admirar y gozar no son sino algunas tríadas de las muchas que organizan sus libros y poemas. Siguiendo esta pauta trinitaria dispondré las etapas de su evolución artística: nacer, arder y resucitar, en relación con la luz, elemento real y poético que envuelve, ilumina y alienta el fluir de toda existencia.

Rosaura nació a la creación como pintora, actividad que la ocupó hasta los años ochenta; para entonces ya había logrado su propio lenguaje, un estilo que manejaba los elementos plásticos con la intrepidez necesaria para poder expresar su íntimo sentir en composiciones de poderoso contenido conceptual (Carvajal), en las que, al resguardo de la sombra vespertina, clamaba: “No soy testigo de la luz. Nunca lo he sido”.

Durante las tres décadas siguientes, la artista se entregó a la palabra y fue ardiendo en llamas de amor por los poemarios que se iniciaron con “Hablo y anochece” (1986) y concluyen en el alucinante “Alter Ego” (2008) y en “Luces apagadas” (2012).

En la actualidad, retoma lienzo y pincel para ofrecernos, fruto maduro de su resurrección pictórica, este “edén a mi medida –por lo humano–” y prodigioso “Paraíso Cerrado” a lo divino, con el que nos ha asombrado, admirado y enamorado: en él nace el texto que sigue, fruto de la conmoción provocada por la contemplación de tan coherente conjunto de cuadros, en conjunción con la relectura de sus poemarios, y que resumo en la siguiente sinopsis:

La alevilla aleve y alborozada, a la alborada, con leve aleteo y ludir de albas alas, alzó el alto vuelo del alma y se elevó, sobre albas y lilas blancas, liberada e iluminada, entre brillos de luces celestes y destellos de límpidas llamas limadoras.

Cuando el ser recibe el impulso revelador de la realidad, nace el amor, “terrible terremoto del alma” (Heine) que entreabre los umbrales de otros mundos, de donde descienden alientos y perfumes paradisíacos, nunca antes gozados. En esos instantes fugaces, el existir reposa en el ser u objeto cuya rotunda presencia y acabada perfección genera el placer de la contemplación: descanso extasiado en la plenitud hallada.

Arrebatado por lo bello y olvidado de sí, el amante se entrega a aquella epifanía que sobrepasa cualquier posible comprensión, perplejo y admirado por el deslumbramiento. De súbito, cae el velo que cubría los ojos del ciego, ahora vidente, y ante él se manifiesta la hermosura que lo fascina, forzándole a salir de sí, atraído por tamaño esplendor.

Pero, cuando el alma retorna a su interior retrete, siente nostalgia por la felicidad hallada y perdida, y languidece en su dulce recuerdo: “instante maravilloso en que apareciste ante mí, visión fugaz, como el genio de la belleza pura” (Pushkin).

Rosaura en sus ocho primeros libros de poesía, alma en gozo y pena, “corazón ardido” por su arrojo, y ardiente por ese reiterado incendiarse en las llamas del amor, nos ha dado sublime testimonio “de las vivencias de su propio existir, transferidas a la conciencia del objeto artístico con total olvido de sí misma”: las brasas de verdad que deja el cuerpo-templo cuando se consume, “deslumbrada abeja/ que de flor en flor hacia otro error transita” (Carvajal).

Una y otra vez mirar, admirar y gozar las cenizas del ritual, para extraer de su apagado brillo “el inútil arte”, “el verso pleno que jamás palabra/ poetizar pudiera”, pues “la palabra miente por omisión”, sobre todo cuando intenta recrear la sin par belleza cósmica “que el verbo y el mito nunca pronunciaron”, con su parquedad en el decir y por el inefable “qué que queda balbuciendo” del místico.

Pero de ese incendio en que la carne y la palabra han sido pasto de los ardores más íntimos, “De aquellos fuegos sagrados”, surge la resurrección:

¡Somnolencia
fuera tan perfumado estremecer,
si mariposa leve de ternura
en tu carne sus vuelos no iniciara.

Ascensión hacia la luz increada con que se manifiesta la esencia de las potencias divinas en energías (Gregorio Palamàs) para el encantado y gozoso mirar de sus absortos contempladores.

Dudando de las palabras, que en tan elevados vuelos “no saben decirme lo que quiero” (S. Juan de la Cruz), Rosaura, gracias a su polivalente hacer creativo, se vuelve a la pintura para donarnos, en majestuoso estilo minimalista las fascinantes visiones de su espíritu entre “tremores ardidados”, “texturas vivientes” y “claridad insólita”.

Los paisajes del alma de su singular Paraíso son iconos y, por eso, manifiestan la glorificación que su artífice eleva a la perfección del misterio cósmico, cuyo atributo es la luz, que transparenta la verdad en la pureza de su reflejo. Espejos de lo oculto, imágenes y visiones de lo invisible o formas interiores de su ser, bañadas por la luz neumática: signos sensibles de un rayo (“Ehyeh” o primera séfira del Éxodo 3-2) que las enciende desde las profundidades crípticas donde se agazapa.

Imágenes transfiguradas que ayudan a la razón cuando la palabra no acierta a alcanzar lo inexpresable, revelando lo invisible en obras de arte trascendentes, pues, convertidas en lugar de manifestación, nos acercan a los arquetipos divinos, que se nos presentan como energías en sus irradiaciones de color.

Frutos del amor (filia), constituyen inmejorable trampolín hacia el fulgor para elevarnos sobre la materialidad del deseo (eros) y puente tendido entre la tierra y el cielo. Nacen cuando su artífice, la amante, se ve reflejada en los ojos del otro, el amado, ante la mirada de un tercero, el testigo espectador (oidor en poesía). La creadora y su obra, fruto de la transformación en el alma del semejante, logra la ordenación única de sus dos almas (Nietzsche) y arde en el fuego de aquel, metamorfoseados ambos por los arcanos misterios del amor en la luz recrecida del amado, en tanto la llama devora sus carnes y sentimientos, para ofrecer el fruto de su fusión al tercer miembro necesario, el observador o lector que certifica.

La obra de la pintora, cera desprendida del cirio quemado en el amor, suscita la más profunda emoción en el alma del contemplador, pues elevándola sobre el inmanentismo estético, la trasciende, dando fe de lo vivido con su presencia, y la encamina a la exultación, cuando no a la adoración, por la cegadora claridad del don recibido.

La filosofía apofática es la responsable, en estas cartografías místicas del alma, de la carencia de cualquier artificio u objeto efímero o de toda anécdota e ilustración, pues en esta concepción del misterio, la trascendencia solo cumple en el vacío, el silencio y la negación su imposible materialización. Aquí se fundamenta la radical diferencia entre el “Paraíso Cerrado...” de Pedro Soto de Rojas y el de Rosaura Álvarez. Para el primero, la elevación hacia el cielo se realiza mediante un hilado discurso que nos va adentrando, a través de seis terrazas de verdor parlante, merced al arte de la topiaria clásica, hasta la séptima, plena de los perfumes sutiles de las flores más odoríferas; sin embargo, el fracaso de su intento se explicita en los versos finales de la composición, por la errada teología catafática utilizada en el poema para nombrar lo innombrable: “...perdona mi alabanza/ pues cuanto vuela más, menos te alcanza.”

Por contra, Rosaura elimina cualquier elemento que pueda distraer la visión con algo descriptivo o ameno; solo nos ofrece los paramentos calcinados que cierran su anímica morada, escalonados a manera de cuadrangulares almenas de su castillo interior y donde, como única alusión a la naturaleza o a lo externo, aparecen las puntas de lanzas de los cipreses que, “con fervor de liturgia” se proyectan, como en los paisajes toledanos del Greco, a la única escapada posible, la ascensional, en un cielo sin diferencias de matiz entre sus blancos marfileños y los de los párvulos elementos terrestres (paredes, suelo o peldaños de escaleras).

En sus lienzos, nuestra pintora resucita,
cirio puesto a arder, ardida el alma
y en esa luz o muerte, desde el cieno
de mis huesos, mirar que en la ceniza
palomas de altos vuelos se han alzado.

Su alma sutil materializa en “textura viviente”, en “vida sin fin”, en la claridad de las esencias con la revelación del esquema espiritual oculto, presente en estos paisajes enjalbegados donde cualquier manifestación sentimental o dramática y toda agitación o afectación han sido eliminadas.

Visiones descarnadas, pues la carne se desprendió de la osamenta, dejando a la vista el esqueleto, limpio de cualquier adherencia, purificado, como último testimonio de su consunción, en “aquel inexorable desvestir del hálito” o Streptase, poema que cierra “Alter Ego”, donde Rosaura se entregaba “en ejercicio de des-ocultación, de levantamiento de velo que cubre las cosas” a la exploración del “camino incierto del hiato, el espacio en blanco” (Juan Varo Zafra), como ahora, en estos lienzos nos esboza, con materia transparente, su brillante numen.

En una sucesión de tonos, traslapos, superposiciones y perspectivas invertidas o matemáticas, que vagamente recuerdan los paisajes del primer cubismo picassiano, palpamos el mundo de lo inteligible en estas tapias calcinadas por la luz tabórica, la misma en que se manifestó a los apóstoles la divinidad del dios-hombre, y que iguala en su figuración cielo y tierra, materia y éter, y con la que nos hace sentir lo inteligible en el sosiego de la admiración, conduciéndonos a una nueva epéctasis: inaugural ascenso al espacio celeste en ese perpetuo ir y venir, de banzo en banzo y de gloria en gloria hacia la inalcanzable perfección y la más alta iluminación que podemos captar con los ojos de la paloma: visión del espacio inmaterial dilatado hacia el infinito.

Realidad ligera, alegre, alada, suspendida en su evanescencia sobre los cipreses, únicos testigos de la naturaleza que “acongojan al cielo con sus lanzas./... flechas de fe y saetas de esperanza” (G. Diego), bañados por los rayos áureos de la energía divina en las alboradas del Oriente, o por los arboles vesperales del Poniente.

En la poderosa sustancia de sus muros albos se elimina el claroscuro y el relieve con sombras, inexistentes en el espacio atemporal del día eterno, sin posible ocaso ni tinieblas; la profundidad de este recóndito espacio del alma se logra con el continuo cambio de matices en el color dominante, el blanco, “calmo

color, calor de cielo”, que sintetiza y engloba en sí toda la gama del espectro luminoso y manifiesta la unidad y perfección de las nada en su estéresis: el fútil espacio de la creación divina (“En-sof” o infinitud esencial del recóndito pensar, según el Zohar) que puede generar el Cosmos en su multiplicidad sin el artificio de la iluminación. Creación desde la nada o la nada henchida de posibilidades. La luz irradia desde la misma materia que conforma los cuadros, alumbrando el armónico espacio en sustitución del foco ausente: “ser oros, ser, quizá, iris de luz”.

Como en los iconos sagrados del Cristianismo Oriental, el método utilizado es el de la “clarificación progresiva” que, en palabras de la pintora, no consiste sino en la marcha desde las oscuridades de “Hablo que anochece”, “noche oscura donde habito palacios de silencio” y “polvo de nada”, hasta lo más luminoso, “la albada cinta de luz”, “los brillos inmarcesibles” y la “¡mirra de todos los asombros!” donde apetecer, gustar y gozar, o “beber, saber y volar” con “la leche de los recién nacidos, la leche alba del espíritu” (Primera Epístola de S. Pedro 2,2 en el introito de la liturgia del domingo “in albis” o de Resurrección). Los iconos, al igual que los lienzos del Paraíso Cerrado, no son ventanas abiertas al más allá, sino que desde el trasmundo, en la luz que irradia de los colores, se hace presente lo sagrado en la inmanencia de lo profano.

Esta abisal introspección anímica que nos acerca a los más ocultos saberes de la teología mística, visible en los lienzos albaicineros, se gesta, arraiga y crece en la cercana tradición de nuestro patrimonio granadino que, como toda tradición verdadera, es pensamiento en acto, y el fruto de su acción “la más honda verdad” del grano de pensar puesto a arder, que quiebra el espejo del amor, aunque su vidrio sea de hermosísimo Murano, y rompe el corazón a tigres y panteras de lujuria (Machado).

En el Cristo de la Misericordia de José de Mora, vecino celestial del paraíso de Rosaura, en la capilla de Núñez Salazar de la iglesia de S. José, como en ese “barroco Cristo en cal de mis paredes” de los dominios de nuestra artista, la muerte en la Cruz ya es Resurrección, pues aunque se muestra terrible en la entreabierta y desgarrada boca que exhala el último hálito de vida, con la renuncia a las carnaciones mates, inventadas y usadas por Pacheco y Martínez Montañez en el Cristo de la Clemencia de Sevilla, y con la utilización del pulimento vidriado, el imaginero granadino logra arrebatarnos de las tinieblas de la noche oscura, manifestando la Resurrección en las marfileñas carnaciones del Salvador, “carne regresada desde el polvo”, cuyas energías y luces celestes y resplandecientes, simbolizan la victoria sobre la muerte, impresas en la materia irisada, sin modelado, metamorfoseadas en el espejo de la luz suprema del Creador.

También en el Barroco y en Granada, los cartujos lograron plasmar el efecto lumínico de las energías celestes en las variaciones de los blancos sobre las complejas paredes del espacio misterioso que patrocinaron en la Sacristía de su monasterio, cuyos muros blancos, fragmentados en formas cambiantes y vibrantes, sin oscuro de sombras, en constante claroscuro y con curvas y contra curvas, alcanzaron la transparencia necesaria para provocar en el espectador tan asombrosa sensación de evanescencia, ingravidez y fluir dinámico y expansivo como los traslajos en los pliegues blandos y frágiles y con ondulación incesante de los muros blancos, con tonalidades rosáceas o violáceas, y en las almenas serradas de las tapias encaladas que clausuran los cármenes del alma; o en la tensión ascensional hacia la cúpula, en el monasterio del silencio, y en la que origina el “ciprés puliendo estrellas”, “altivo, monumento, ave...naciendo amor, amortajando vida” en el huerto interior de nuestra artista.

Si, finalmente, comparamos estos iconos del paraíso rosauriano con los de pintores granadinos que la precedieron y que han representado el Albaicín, entorno gestor de sus vistas transfiguradas, percibimos la enorme distancia entre estas y las pinturas que José Guerrero, Manuel Rivera o Manuel Ángeles Ortiz dedicaron al mismo tema. Rivera, al comenzar los años cincuenta, cuando iniciaba su lenguaje informal, aún no metálico, pintó un barrio cubista entre luces fantasmagóricas que amainan el grito reivindicativo subyacente con el bálsamo de la melancolía. En los sesenta, J. Guerrero, pastor de rebaños de colores, con su peculiar lenguaje abstracto y expresionista muestra, a la vez que intenta atemperar, entre enfrentados contrastes de colores cálidos y fríos y con desgarrados brochazos de luces y sombras, las terribles luchas históricas que se sucedieron en aquel ámbito. Manuel Ángeles Ortiz nos ha legado las más conocidas imágenes de este barrio, dominó jocoso de casas y calles, trepidantes de luz y cercadas por almenadas murallas en muchas creaciones elaboradas con su encantador y peculiar estilo tardo-cubista y naif. En su radical visión del paseo de los Cipreses del Generalife, como pirámide visual de impacto inmediato y expresivo, hallamos la idea que Rosaura parafrasea y eleva a una dimensión trascendente en algunas de su composiciones, frenando esa impresión con el uso de la perspectiva invertida y con

los suaves contrastes de matices y texturas del blanco, para mostrar la visión espiritual de su alma en deleitable sosiego.

Paraíso íntimo, hortus conclusus donde reina la serenidad y la estabilidad celestial, pues se aparta voluntaria y severamente de cuanto sucede en el exterior, aunque a veces se cuele “Por los vanos, belleza desbordada/ de humano paraíso”; aquí todo bulle aunque tenuemente, en el tremor de los acordados matices, en la párvula elevación de una textura, en la parquedad del color sobre las ramas que descienden, imperceptible dosel de sombra: movimiento inmóvil del misterio que percibe el ojo del espectador, que genera descanso extático en la plenitud hallada y el silencio propicio al amor, expandido en derredor, cimiento sobre el que puede germinar el primer sonido del inefable lenguaje divino.

Arte de altos vuelos, recibido como don por su hacedora, pues todo logro alcanzado en la senda de la sabiduría sagrada o teología mística siempre es dado, aunque mucho se deba esperar, penando o gozando, hasta que aparezca en la inspiración de los poemas (“el dulce son de Dios del alma oído” F. Aldana), o en estas revelaciones y visiones de la propia espiritualidad, que se nos regalan como plasmaciones encarnadas, “cuerda infinita en el secreto centro de mis voces”, “en los (...) pequeños paisajes de aquel cerrado huerto”.

Si Rosaura es rosa mística y albo crisantemo, Álvarez le aporta su origen luminoso y la areté que ya le regalara Juan de la Encina desde la distancia de los siglos:

“Montesina era la garza
y de muy alto bolar,
no hay quien la pueda tomar.”

José A. González Núñez
Venta del Pulgar.

En la fiesta de la Candelaria.
2 de febrero de 2014.

CARMEN

Ante unos cuadros de Rosaura Álvarez

A veces, desde más allá de los colores, llega una luz al carmen que hace más blanco el blanco de la tapia. Y llega una sombra a la oscuridad que hace más oscura la sombra amurallada en los cipreses. Porque todo es luz. Y el resplandor traspasa la frontera de los sentidos y penetra hasta allí donde algo nos dice que, tal vez, ese sea el color del alma.

Y llega la contemplación a ser un estado de gracia. Y la existencia se torna llevadera porque ese mismo algo también nos dice que pudiera ese ser el color de la alegría.

Rafael Guillén



ÁRBOL ECUESTRE DEL ALBAICÍN

Ajedrez de los muros y el ciprés
cabalgando las tapias del jardín.
Un rumor de fuente aviva la sed
del verde jinete en la luz sin fin.

José Gutiérrez



EL OTOÑO EN MARÍA DE LA MIEL

Celebremos, amigos,
que el otoño se acerca
con su vara de viento
y su barba canela.
¿Qué más puede querer
el hombre que una hoguera
mientras su jardincillo
cruje y amarillea?

Celebremos, amigos,
que el otoño comienza
y aclaremos con vino
las esperanzas nuevas,
los afanes de siempre:
mirar la lluvia fuera,
sentir la niebla dentro,
querer y que nos quieran.

Celebremos, amigos,
que el otoño comienza
y en su vida interior,
como en las alacenas
los membrillos deformes,
se pudre alguna ausencia.
No todo lo que muere
merece primavera.

Rafael Juárez



ESCALAS

Para Rosaura Álvarez

“Tú eres poeta”, dijo de sus labios,
y remarcó las tres palabras quietas
que a la aprendiz de versos le sonaban
a férreas campanadas, a relámpago.

Aquella noche, en medio del vacío
de un albayzín en sueños, escaló
las tapias y los versos de su boca.

De jazmín y ciprés un tambaleo
transparentó los ocres laberintos.

Y la mano dichosa del amigo
le devolvió la fe, y un pan caliente.

Clara Martínez Mesa



PARA ROSAURA

Como un cristal cuando sangra
quebrado de atardeceres
así mis manos contemplan
tu voz de fagot y mieles.

Tengo tu imagen prendida
en estos dedos que sienten,
cuando la arcilla persiste
en sus rudos anaqueles.

Suena tu nombre entre nieblas
y te veo tal cual eres:
menuda, cruda, sinuosa,
pintando con alfileres
que enebren nubes de mármol
danzando quietas, silentes.

Calmo y blanco el pensamiento
que me escala por las sienas
mientras nacen los colores
y los cielos se adormecen.

Jesús Martínez Labrador

¿Fue uno o fue ninguno?
Sola llora una rama.

Entre las escaleras
camina la nostalgia.

Hay besos que se esconden
en esta encrucijada.

¿Fue uno o fue ninguno?
El viento susurraba.

Tras las tapias cifradas
sola murmura el agua.

José Pallarés



A LA PINTURA DE ROSAURA ÁLVAREZ

Como la vida el ciprés
transita del verde al negro
de la esponjosa alegría
al adusto cementerio.

Como la vida la tapia
protege haciendas y dueños,
el sol incendia la cal
y la cal apaga el huerto.

Como la vida el amor:
tapia alta
ciprés negro.

Alejandro Pedregosa



PARAÍSO ROSADO

Sin sol en las bardas, libre
por sus cielos nunca hollados,
con el exacto calibre
de este jardín, ambos lados
de los tapiales se inflaman.
Desde los cipreses claman
los ruiséñores, señores
de las flores
excepto de la áurea rosa
que es la dueña sigilosa
de sus trinos y del día.
Si en una secreta fuente
los oídos y la frente
parece que se refrescan,
deja que tus sueños crezcan
en la ordenada pintura
que un paraíso figura
cerrado y opalescente.

Dionisio Pérez Venegas



ENTRE DOS CIMAS

5 jaiquillas para
Rosaura Álvarez

Sé de un carmen en San Cristóbal uno,
donde golondrinas y petirrojos
crean altezas de la Alhambra al lodo.

El arte de mirar va en línea muda
con el oro blanco de cada almena
hasta el nivel rosado del Veleta.

Si la cumbre desdeña espacios albos,
vuelven las aves al mínimo estanque
por clarear en tu pincel emigrante.

Aquí las oportunidades medran
en contrato de cimas cautas:
lo que tú despiertas con su algazara.

Y así el trasiego del Pisuerga al Darro
pesa el aire con el azul del cielo
a trancazos de paraíso eléctrico.

Antonio Piedra



MIRADAS SOBRE ALBAYZÍN

A Rosaura Álvarez, este ver con ojos de distancia y espejo

Todo es según se mire. Desde el punto espacial
en que se esté y el momento en que el suceder transcurre
del ánimo que concurre en la sagaz o tarda mirada
que sobre el atañido ámbito se traza o exhibe

Donde Rosaura ve murallas en ruinas tapias de propios
blancas-nacaradas: de enfrente he visto la puesta de sol
trasfigurar a las calles en colindas de piel de cebra
y luceros mutarse las farolas en la faz escalar del esclarecido
término que cotidiano la doña avizora anda y encumbra

He visto irse al sol anciano y venir a la noche nueva
fundiendo la masa de los cipreses que le atalayan
y las enredaderas que arbolan en la materia alunarada
que sustenta el alto devenir de las gentes y acuna
el acontecer de los sueños. Que ahorma al calor
de las tardes cálidas y a la escarcha de los días
ateridos: Al ruido pertinaz del existir que les impronta

Todo es según se mire camino tiempo y morada
el estar para ver: el vivir para agitar a la: o con: la palabra
Para hilvanar un trazo de pincel. Para domar preservar
o enaltecer el légamo que alza ser historia a nuestro hogar

Todo es: Sí: Ambivalente según se viva de frente o a la inversa
el virar de los elementos o el deslizarse de los gastados días

Jose Antonio Ramírez

¿Dónde las flores?
¿Las fuentes, dónde?

Corporal eucarístico o camisa
se pliegan en paisaje almidonado.

¿Por qué, si rama, seca?
¿Dónde están las macetas?

Desenrollándose entre los cipreses
(*cipreses, sí*)
un pergamino en blanco.

¿Dónde están los balcones?
¿Las rosas, dónde?

El cielo como un lienzo o una tapia.
Luz de polisón casto.

José Manuel Ruiz

PARA ROSAURA.

Aquella linde jugosa de luz donde no se asoma
el cielo, aquella quietud de cal que se alza en vida,
aquel ciprés que es venteo
de alegres llamas que perderse esperan,
en qué eternidad se ocupan, qué tórtola
en sus muros, qué primavera quiere en los tapiales
desatarse; sólo el amor nos lleva, sólo el amor convida
a tocar con las manos otro sol más alto,
otra luz, otro aire que impone la aurora y la alegría,
olvidado de sí entre las azucenas, olvidado.

Manuel Salinas



FÁBULA Y ELEGÍA

Para Rosaura Álvarez

2

Morton Feldman

Hay una partitura con dos notas solas; brotan del blanco como un fallo en la luz, como ciprés en tapial, como lamento en entraña.
Hay dos notas, nada más, y las líneas que rompen la trama gris de un infinito. Y cuando uno se asoma oye el canto suspenso de un dios triste que hubiera perdido el mundo.
Y el mundo no está, no está; sólo hay dos notas.

Francisco Silvera

PAISAJE DE CIPRESES SIN MELANCOLÍA

A Rosaura Álvarez

*Vuelve hecho luna y corazón de nada.
F. G. L.*

El tic tac de los años nunca le ha puesto límite a su noche,
tan sólo pauta el ritmo con que muere la luz.
Todo ocurrió, lo sabe, en otro tiempo,
en un lugar de incierta geografía,
donde todo es presente, no hay memoria
y el niño mira al frente sin ningún temor.
Antes de la esperanza, mucho antes
de que el oro de los tigres se desparramase
sembrando de promesas el jardín, el aire
movía una veleta señalando hacia el sur.
Asomado a vivir, bajo el umbral, ¿podría
beberse al despertar el cielo raso? Aquí la sombra
funde aspidistras, dalias y arrayanes,
huellas que ni la vida ni la muerte
de un futuro improbable consiguieron borrar.
Hoy sabe que esas huellas mostraban un camino
por el que dar salida a la niñez. “No esperes
a que oscurezca el mundo y échate a volar”, decía
una voz (¿era suya?) que ya no reconoce
aunque de tanto en tanto
murmure en sus oídos: “Érase una vez...”

¿De qué sueño regresas, tú, inocencia perdida,
sin el piar de un pájaro que anuncie
la sinrazón de tu llegada? Aroma
de una imagen caduca, cubre ahora
el color de la tierra con la estela
de un cielo dibujado. Al fondo, los cipreses
reconstruyen la historia
con un ayer que es siempre, todavía.

Jenaro Talens

Leve, se insinúa, no se muestra
lo que está en la sombra y queda oculto
para la mirada no discreta,
paraíso o pena tras los muros.

De raíz a cima, sólo el denso
verdor del ciprés perenne y mudo
se eleva, rebasa blancos ciegos,
dicta su secreto más oscuro.

Juan Ramón Torregrosa



LENGUAJE DEL PARAISO

Esta es la ficción de una fuente
que genera el lenguaje universal,
y en una ceremonia un himno
perpetuo te devora el corazón.
Una moderna y mitológica
tragedia como la de Ticio,
Ixión, Aracne, o Tántalo,
en la que quedarás inmóvil
con una sonrisa en la cara,
y el corazón por una música
continuamente devorado.

Daniel Vázquez Barros



CAMINO QUE CONDUCE AL ALMA

I

ALMA es quizá lo que oigo
a través de mi cuerpo
que se quema en el aire.

¿Acaso hay alma
por debajo de mí?

Si la hubiera, mi cuerpo,
que se eleva en el aire,
quizá sería el alma de la tierra

y lo que oigo a través de mí
perdiéndose en el aire,
quizá el cuerpo de Dios.

II

ES cruel que vaya solo
adonde sólo puedo
oírte solo.

Alma, estrés de mi oído
que se arranca los ojos:

ojos que roban y matan
sin darse cuenta,

que ofenden mis oídos
con muñecas vacías.

Alma, virgen serena
que pretende mi oído.

José Luis Vidal Carreras

EL CARMEN DE ROSAURA

La muralla zirá frente a Rosaura,
la tarde que oros hila con la piedra,
el agua vertical que no se arredra
y el blanco barrio con su núbil aura.

El jardín que sus túnicas restaura,
cárcel que burlan el ciprés y yedra,
pues una, alegre, por la tapia medra
y otro en el cielo su altivez instaaura.

Y la vida hacia adentro hora tras hora
y el celeste silencio día a día
y una busca incesante de hermosura...

Así al fin, tras la lucha agotadora,
nos queda ese temblor de la poesía,
nos salva la verdad de la pintura.

Fernando de Villena.

PINTURA

Para Ricardo García

Contad, vosotros, el tremor ardido,
fluir secreto de pincel o yema
que textura viviente os otorga.
Este palpar de ciego por la sangre
color y dedo exacto, el desvaído
matiz de la dulzura.

Contad, vosotros, la expresión oculta
-desdibujada efigie mía,
en el duelo esencial de no saberme-.

Cómo luego, tras mutua entrega
-en la noche del símbolo perfecto-,
es belleza emergida del abrazo
vuestra vida sin fin,
la claridad insólita de vuestro ser,
desasido a la postre
de mi mano,
mi alma.

Rosaura Álvarez



EL PAISAJE EN LA PINTURA DE ROSAURA ÁLVAREZ

Cuando Rosaura, amiga y pintora, me mostraba su estudio –uno de los sitios más hermosos de la “Granada de siempre”- la obra que en su actual muestra expone, cada cuadro que reposaba ante mis ojos me impregnaba de un inefable misterio; algo que desde el principio calificué como misterio de Granada. Debo de explicar que Rosaura pinta paisaje, un paisaje gozado con fruición por todos los sentidos, pero tal vez más que nada con el tacto y la caricia -¡Tan cerca lo tiene!-. Porque Granada toda penetra por el estudio d Rosaura a raudales, a empellones, sin que pueda evitar que le transforme en inquietud, en gozo, en pregunta, en arte.

Y, sin embargo, algo por mí fue abriéndose camino hasta un primer plano donde me acuciaba la sorpresa, la admiración, porque estaba Granada, ¡cómo no había de estarlo!, pero era la Granada del “Paraíso cerrado para muchos”, una Granada inédita, trascendida en puro arte, sin la más mínima concesión efectista. Su luz escultural, extática, nos propone una vibración de esencialidad puramente mística. La austeridad delicadísima del color, el sopesado equilibrio de su composición geométrica –sin llegar al cubismo-, nos lleva a perdernos de lo meramente paisajístico para internarnos en una arquitectura interior, anímica, donde cada forma se desliga del hecho concreto acercándonos a la pura sensación de lo subyacente, hincada en un abismo donde sólo la intuición puede ser fuente de conocimiento.

Nada tan odioso, tan singularmente absurdo como querer explicar, dar razón del Arte, pues cada obra representa un modo de íntegro espíritu, que nace y sólo puede otorgarse en su propio autor. Y, sin embargo, casi paradójicamente, el espectador alcanza desde su propio universo metas de compenetración con la obra artística, que en último término es la base y sustento del fenómeno social del Arte. Por esto puedo decir que la calidad pictórica de Rosaura Álvarez nos hunde en una vivencia de esencialidad poético-filosófica, que nos lleva a preguntarnos por el abismo que se oculta detrás de lo tangible, nos lleva al camino intacto de lo que se busca y se seguirá buscando siempre en el hombre, y más allá del hombre.

José Hernández Quero

(Casa de Granada en Madrid)

ROSAURA ÁLVAREZ

BIOGRAFÍA

Nace en Granada en un carmen situado frente a la Alhambra. Es licenciada en Historia por la Universidad de Granada y en Ciencias de la Educación. Realiza estudios de Música, Pintura y Grabado. Exposiciones hasta 1982. En 2012 vuelve a la pintura. Desde 1975 a 1982 se dedica a la obra plástica con exposiciones en Granada y Madrid; Esta obra ha sido estudiada por Manuel Alvar López, Hernández Quero y Francisco Izquierdo, entre otros. Ha ejercido como profesora de Historia del Arte. Su poesía ha sido traducida al francés, inglés, chino y polaco, siendo estudiada por especialistas en España y el extranjero, destacan en poesía de mujer Biruté Ciplijauskaitė y Sharon Ugalde. Es premio internacional de poesía “Antonio Machado en Baeza”. Ha prologado *Olvidos de Granada* de JRJ (tomo 34 de las *Obras*, Visor). Es miembro fundador de la Academia de Buenas Letras de Granada, donde ha desempeñado el cargo de censora. De su poesía Concha Argente del Castillo nos dice: “[...] La crítica ha hablado de la palabra exacta de Rosaura Álvarez, al par que la clasifica en la corriente culturalista y neorromántica, [...] Devolver a la palabra poética todo su esplendor, y a su vez un proceder para implicar al lector en la perfección del oficio. [...] son mucho más que el brillo erudito, de origen clásico, modernista o posmoderno, pues se erigen en un nuevo decir.”

Su archivo se custodia en la Fundación Jorge Guillén de Valladolid.